

«El que quiera ser líder
debe ser puente.»
Proverbio galés



Sábado 2 de mayo de 2009

999

Suplemento Cultural Tres Mil
Diario Co Latino
MÁS DE UN SIGLO DE CREDIBILIDAD

| FUNDADO EL 24 DE MARZO DE 1990 |
| AÑO DIECINUEVE | SEGUNDO CENTENARIO |
www.diariocolatino.com

Trabajadores del arte y la cultura marcharon el Primero de Mayo

Dignidad laboral para artistas

Este Primero de Mayo, los trabajadores de las distintas vertientes del arte y la cultura se sumaron a la celebración mundial del Día Internacional de Los Trabajadores, ya no desde las tarimas sino bajo el mismo sol inclemente que los dejó marcados, así como ellos han marcado desde siempre los espíritus de los salvadoreños con sus palabras, sus danzas, sus obras plásticas, sus actuaciones, sus canciones y toda su creatividad por siempre al servicio del pueblo. Y también elevaron sus demandas, recordaron a sus mártires, exigieron dignidad laboral y, como siempre, un mundo más espiritual y ondearon sus banderas. Las banderas de la verdad, la locura y la belleza.



Integrantes de la Mesa de Desarrollo Cultural y de la Fundación Metáfora durante la marcha del Primero de Mayo que convocó a miles de trabajadores salvadoreños.



SI HAY **DESAPARECIDOS** NO HAY PAZ
¿DONDE ESTÁ
ARQUÍMIDES CRUZ?

Homenaje al mejor mago revolucionario salvadoreño/ a Carlos Aragón «Tamba»

Barú Rey

■ Manuel Sorto | Escritor y cineasta salvadoreño



El Mago Barú, en Café la T. Foto cortesía de Marco Navarrete.

BAYONA - Conocí a Barú en la Universidad Nacional, cuando yo trabajaba en El Taller de los Vagos. (Ya sé que parece un chiste. Pero era en serio. Ese era otro de los objetivos que perseguíamos. Desacralizar entre otras cosas, la aparente vaciedad del trabajo artístico. Luego, y siempre con Guillermo Escalón, seguimos haciéndolo, pero en cine. La primera y única película de ficción que realizamos juntos la producimos como El Taller de los Vagos. Después, nos agarró la guerra. Y aún en la guerra, nuestros documentales fueron firmados y producidos por Cero a la Izquierda. Partíamos del hecho real de la nada casi absoluta de nuestro país en la producción cinematográfica. Éramos un cero, pero a la izquierda.)

Estábamos en el cafetín de AGEUS con Guillermo y Roberto «El Choco» Castellanos (o Robertico como le decía Horacio, que era su primo). El Choco hacía caminata en la ciudad universitaria y nos hacía reír a todos con su estilo acentuado en lo cómico, en short y camiseta y una banda en la frente para los sudores. Pero en el fondo lo hacía seriamente y a veces discutíamos sobre los juegos olímpicos. Cuento la anécdota del Choco y su serio trabajo en caminata olímpica, porque ahí es donde entra Barú, el Mago.

Apareció Barú sudado, más que El Choco (o Robertico); y Barú también andaba en short y también llevaba banda alrededor de la cabeza, pero a lo turbante indú. Una hilacha de colores anudada detrás de una oreja. Barú, como El Choco, entró trotandito, pero nada de cómico. En la mano cargaba una banderita de tela de El Salvador.

Se arrimó al mostrador y la encargada se apresuró a llenar un vaso de agua. Lo agarró y se plantó frente a nosotros a beberlo sin dejar de mirarnos a los ojos. Vaya como transpiraba, más que un macho cabreado o como si su hubiera metido un ácido que estaba de moda como experiencia. Su respiración todavía no se regularizada. Bebió despacio, pero sin pausas. Terminó de beber y alargó su tronco para depositar el vaso sobre el mostrador sin dejar de mirarnos. El Choco reía suavecito, pero casi histérico. O como. Con él no se sabía nunca cuando iba en serio o en mimo o a lo cabaret. Barú retractó de nuevo su cuerpo frente a nosotros, Estaba como nuevo, aparte de lo mojado. Su expresión era adusta, como un oficial en plena misión frente al alto mando. ¡Salú!, dijo, y salió trotando por la puerta de la salida hacia el estacionamiento. Sus piernas eran fuertes y musculosas y todo su cuerpo, robusto y sólido como un armario. Corría el año 69 del siglo pasado.

Entonces la chamaca que atendía nos contó. Barú ya llevaba tres vueltas con esa. Salía al parqueo, agarraba la senda a la izquierda hasta la entrada o salida principal de la U. y se enrumbaba por la Avenida Universitaria. Ella no sabía hasta donde daba la vuelta y regresaba. El Choco, ya descansado, propuso que si volvía lo siguiéramos.

No tuvimos que esperar mucho. Después de que Barú terminó su ya cuarto vaso según la cuenta de la chamaca, lo seguimos, a trotecito para ver en qué carajos andaba.

Salió del parqueo y agarró la senda de la izquierda como la chava había dicho. Ahí, ya trotandito en serio, enfiló hacia la salida principal de la U, para luego descolgarse por la Avenida Universitaria, ya acelerando el trote. Se mantenía corriendo pegado a la cuneta, no en la acera, pero en la calle, con un tráfico bastante respetable. Corría a pecho y torso erguidos, como muralla, diría Sandino; el brazo derecho levantado y la mano alzada empuñando la banderita salvadoreña, como portador de antorcha olímpica. No nos la creíamos.

Al llegar a la altura de la fuente luminosa, la de la escultura de la evolución de las especies (bien darwiniana la cipota), atravesó la calle abriendo un corredor entre los carros de manera eficaz y elegante y sin perder el ritmo de carrera y erguido más que nunca (el riesgo de que una nave mínimo lo despeñara y perdiera el turbante era más que posible). Llegó hasta la fuente y siguió corriendo sin perder la postura ni el aire de portador olímpico, y se mantuvo corriendo pegado a la base recipiente de la fuente. Aprendí, le dijo Guillermo al Choco (o Robertico). Guillermo hacía esgrima, sabía lo de la elegancia en las acciones.

Circundó casi por completo el recipiente de cemento y al nivel de la esquina de la embajada gringa, se detuvo, corriendo sin desplazarse, banderita salvadoreña alzada, hasta que vio el pasadizo que iba a abrir, y hasta uno de los carros disminuyó su velocidad entendiendo su tirada y ajustó el pasadizo. ¡Aprendí! repitió Guillermo. Nos habíamos quedado en la acera desde que Barú comenzó el cruce de la avenida.

Barú ganó la acera de la embajada y continuó por ella, siempre por la Av. Universitaria, hasta la entrada principal y allí se detuvo y continuó corriendo sobre el mismo sitio; pero su objetivo era otro. Trotando-corriendo sin desplazarse, mejor que el mejor mimo, levantada la bandera salvadoreña en su brazo como asta y elevó su brazo izquierdo con el puño cerrado. ¡No nos la creíamos!

Así se mantuvo algunos minutos, larguísimo, dos o tres o cinco, ¡a saber!, hasta que de repente soltó un grito que yo nunca había oído ni he vuelto a oír. Un grito profundo de bien adentro, de las tripas, de las vísceras, del pecho. Del alma. Y el grito duró eternidades, hasta irse apagando en un quejido y un canto.

Y aquí viene lo increíble: la fuente luminosa se accionó como por encanto y sus chorros se elevaron erectos con sus parábolas y los faros de colores se encendieron, pálidos por el casi mediodía en punto que nos reventaba sobre las cabezas, mientras los chorros empinados de la fuente se mantuvieron elevados en su danza de niveles por cosa de un par o más de minutos, ante nuestros ojos y la mirada sorprendida de los pasantes y candidatos a emigrantes. ¡No nos la creíamos!

Nos volvimos hacia Barú desde nuestro lado de la avenida. Barú nos miraba siempre directo a los ojos desde la otra acera, pero esta vez casi sonreía y hasta con cierta dulzura.

De golpe, Barú se volvió hacia la fuente, agitó la banderita con gesto de director de orquesta y con la precisión de un pase mágico ¡y los chorros y luces de la fuente desaparecieron!. Y ustedes los teatreros, ¿ya aprendieron algo? -nos dejó ir el Choco.

Desde la otra acera, enfrente de la entrada principal oficial de la embajada gringa, Barú nos observaba. Pero ahora sonreía con malicia extraña y la expresión en su mirada parecía más de brujo que de mago. Y andate a saber cuál es la diferencia.

Barú recomenzó su trotecito, verdadero aunque no se desplazara; recobró su postura de atleta olímpico portador de pendón patrio, resopló algo así como un ¡Brrrr! que salió de entre sus labios y bandera salvadoreña por delante y elevada, inició su regreso hacia la U.

La última vez que ví a Barú, fue en el año 5 de este milenio, cuando nos reunimos los cuatro donde Tere (la madre de Rabín y Manlio Armijo), en el hotel que administra. No La Banda de los 4, sino, Tere, Ricardo Humano, Barú y este su servilleta.

Ahí por entre el 20 y el 22 de marzo, Ricardo me avisó que Barú, nuestro amigo, había entregado a la tierra su humana cajita que la tierra le había dado. Y estoy segurísimo que se fue bien alegre: vivió suficiente para ver como su pueblo del cual fue porta-estandarte, por una vez ganaba en toditita su Historia. Antes, en la guerra sólo había logrado un empate (viniendo de cero, sin ejército bien maiciado y sin el respaldo gringo que no fue sólo técnico).

Me alegré por Barú y me entristecí por mí: él debía ser el protagonista de una película que cocinábamos con Ricardo. Ricardo me propuso le rindiéramos un pequeño homenaje, que inmediateamente le propuse a Juanjo Dalton y ContraPunto. Honor pues, a quien honor merece: al mejor Mago revolucionario salvadoreño. Revolucionario a su manera, no por la verba, no por sus análisis de coyunturas, no por haber expuesto su vida (¿y los carros!?). No, revolucionario por sus acciones mágiconcretas.

Homenaje al Mago Barú, que está haciendo magias en algún lugar del Universo

Réquiem por un mago de sonrisa dulce

■ **Rafael Mendoza** | Poeta salvadoreño

SAN SALVADOR - A José Ricardo Barahona, mi compañero que fue de zanganadas colegiales durante toda la década de los cincuenta, allá en el siempre bien recordado Liceo (Salvadoreño) viejo, un mal día le entró una enfermedad que le exigió reposo absoluto y, por ende, encamarse por un tiempo. Su padre, pensando en algo entretenido que distrajera a nuestro enfermo amigo de su padecimiento y mitigara su impaciencia por levantarse, le llevó cierto día un librito de trucos de magia. ¡No se le pudo ocurrir otra cosa al buen señor! El loco —que así le decíamos desde entonces a Ricardo por sus manifestaciones extravagantes que eran más extremos de jovialidad y ludimiento que otra cosa— se desahogó más con aquel elemental manual de prestidigitación —que muy pronto cambió por métodos más exigentes— y desde entonces nadie pudo sacarle de la praxis de ese arte malabárico que, si bien no llevó nunca a niveles de taumaturgia, rayó los lindes del ilusionismo, como lo demuestra esa experiencia que Manuel Sorto nos describe en *ContraPunto* donde me enteré de que nuestro amigo Ricardo, mejor conocido como Barú en el ambiente bohemio de la capital, no pudo resistir los pases que la parca vino a hacerle con su varita insoportable mientras libraba su última batalla contra una neumonía.

¡Quién no recuerda a Barú con sus trajes tan peculiares: aquella especie de albornoz que usó durante un tiempo, acompañado de un chacó rojo a lo turco; en otros, con algún otro tipo de sombrero encontrado, quizá, en algún desván de su propia casa o en la de algún vecino; y en los últimos meses con un largo abrigo, pero siempre con su inseparable cayado, como peregrino por el Camino de Santiago, cual trashumante en busca de su alma, tal que profeta siguiendo a pie celeré el arcano llamado de algún demiurgo o de Psyqué. Con algunas vestimentas de esas se lució en fiestas de cumpleaños de mis hijos, quienes con sus amiguitos se maravillaban al ver cómo aquel personaje bonachón de ojos encendidos y sonrisa dulce hacía desaparecer monedas, cartas, pañuelos y otros objetos que, junto a otros chécheres extraños, formaban parte de la parafernalia fascinante de «El Gran Barú».

La última vez que compartí tiempo y ánimos con este amigo fue en El Café Laté. Al ir a abrazarme cuando escuchó mi saludo me dijo: «¿Te acordás de Rafael Mendoza?... ¡Aquel es liceísta y además es poeta!»... Alguien le sacó de su desfase y cuando reparó que acababa de abrazar precisamente a quien había nombrado, me abrazó nuevamente.

En verdad representaba toda una prueba de amor por un amigo soportar el golpe extremadamente recio, de profundis, que los humores emanados de aquella presencia



El Mago Barú, en Café la T. Foto cortesía de Marco Navarrete.

(con todo y ser tan simpática), cuanto más de su vestimenta, autoexiliados ambos de baños y lavatorios desde hacía mucho tiempo, descargaban sobre las vías respiratorias superiores de quien se exponía a tal demostración de verdadera amistad. Huelga explicar lo referente a la prueba del rocío salivar que el amigo espetaba sobre el malhadado interlocutor que, con su oído a menos de cinco centímetros de proximidad del aparato fonador de aquel, pretendía ponerle atención en medio de una tanda de música tropical acompañada con alaridos de los más frenéticos discípulos de Baco (incluído el pintor Julio Reyes, que ya en estado ataráxico trataba de reponerse de los efectos de dos caídas de taburete en la cuenta). Soporté ambos suplicios con una buena dosis de sincera comprensión por la inveterada vesania del amigo. Mis acompañantes y yo le invitamos a nuestra mesa y brindó con nosotros. Yo llevaba conmigo el libro de poemas míos y de mis hijos que recién había salido de imprenta y se lo entregué. El lo recibió con júbilo y creo que hasta con orgullo. Después desaparecieron

la noche y él.

Cuando compartíamos calles, aulas y sueños con José Ricardo Barahona «Barú», él vivía en una casa situada en la cuarta avenida sur de la capital, entre las calles sexta y octava oriente, cincuenta metros abajode donde las «diuk» (familia Duke) y casi frente a donde vivía Armandito Llanos, o sea pegado a la residencia del doctor Rafael Gonzalez Bonilla, quien tenía dos hijas gorditas a las que Ricardo hubiera querido hacerles un encantamiento. En la siguiente esquina vivían los «Samayoas» y en la de enfrente a esta, las niñas Rivas. Exiliado del hogar de mi padre, llegué yo a vivir en la casa colindante a la de estas hermanas, que había sido residencia de la maestra francesa Cecilia Chery.

Ahí cambió mi vida, no por propia voluntad. La de Ricardo ya andaba bien meti-

da en trucos más sorprendentes. Un par de años más tarde dejamos de vernos. Y nos reencontramos cuando él andaba ya en esa alfombra mágica que dio en usar cuando su inteligencia optó por la sublime decisión de lanzar la cordura por la borda de la realidad.

Descansa ya en paz, querido Barú, junto a Merlín, los 3 de Oriente y el de Oz. Te lo mereces. Ya estabas muy cansado de caminar y no en busca de un tiempo perdido.

Nosotros seguiremos observando los trucos que siguen haciendo en este mundo esos practicantes de la magia negra que son los políticos, los trapeceistas financieros, los Houdinis de los impuestos y los funcionarios públicos que hacen desaparecer las pruebas que incriminan a los anteriores dentro de esta carpa circense llamada Democracia.

ERA LA VIDA Y TÚ CON LOS OJOS CERRADOS

Alma Karla Sandoval | <http://llamadajuego.blogspot.com>

Para Otoniel Guevara

Fue el poeta guerrillero de El Salvador, el que cambia pistolas por cometas, quien me hablara por primera vez de Idea Vilariño. Leyó el poema «Ya no» y esos versos heridos quedaron flotando para siempre en esa misteriosa biblioteca que es el alma. Busqué sus libros. La leí a solas en aviones y autobuses, en ciudades a las que nunca pensé llegar, en playas color café con leche. Ahí iba yo con los poemas de la uruguayana de Honduras a Guate, después a México, Cuernavaca y al último Jojutla, tan caliente como San Pedro Sula, tan parecida por sus palmeras y gente sudada.

Los poemas de Vilariño me retaron. Eran llaves diminutas que abrían una expresividad monstruosa, un dolor cuyas pocas palabras caían en el lago como gotas pequeñas capaces que cambiaban de color todos los ríos. Ponencia, verdad y música, un ritmo de agua que es decir llanto lúcido. Pero entonces no lo podía entender. Mucho menos me asombraba como hoy ante la inteligencia poética de Idea. Lo digo porque ha muerto y como hace algunos años viaje a sus textos. No escribiré mejor, pero sí leo con más tino, el suficiente para celebrar la síntesis de esta poeta y la obligación de recomendarla hoy más que nunca.

La verdad es que no me siento en deuda con ella. La he leído en los países donde he estado y todos mis alumnos de literatura latinoamericana saben su nombre. Se sorprenden de

que alguien se llame Idea, pero después eso pasa a segundo plano cuando sus textos pequeñitos se encajan en el ambiente y acabamos sorprendidos de que alguien consiga expresar con precisión de escarpelo lo que es la pérdida. He ahí una de las virtudes de esta autora, sus dardos son directos e iluminan el círculo mágico que es la poesía. Por eso no puede morir. Es más, sigue eterna en sus versos. También potente, descarnada.

Ya no será...

Idea Vilariño

Ya no será, ya no
no viviremos juntos,
no criaré a tu hijo
no coseré tu ropa,
no te tendré de noche
no te besaré al irme,
nunca sabrás quien fui
por qué me amaron otros.
No llegaré a saber por qué ni cómo,
nunca
ni si era de verdad lo que dijiste
que era,
ni quién fuiste, ni qué fui para ti
ni cómo hubiera sido vivir juntos,
querernos, esperarnos, estar.
Ya no soy más que yo para siempre
y tú
Ya no serás para mí más que tú.
Ya no estás en un día futuro
no sabré dónde vives, con quién
ni si te acuerdas.
No me abrazarás nunca como esa
noche, nunca.
No volveré a tocarte.
No te veré morir.

De piscuchas, barriletes
y otros cometas
Margarita Marroquín

Tempus est iocundum

Esta es una de mis piezas favoritas de Carmina Burana, la cantata escénica más conocida de Carl Orff. El CD que está en mi casa trae un folleto con todas las letras de esta obra; pero están en alemán y francés antiguos o en latín. Sin embargo, los creadores de esta versión fueron muy amables y dan la traducción en tres idiomas: alemán, inglés y francés... lo que es de gran ayuda si no se es monolingüe, como yo.

Pero uno hace su lucha, y entonces ahora sé que «tempus est iocundum» significa algo como «tiempos de júbilo» o «tiempos de gran alegría». Eso ha sido esta semana. El 22 de abril se celebra el Día de la Tierra; mientras el 23 es el Día Internacional del Libro y de los Derechos de Autor, y de forma no oficial, digamos, también se celebra el Día del Idioma Español. Encima, la UNESCO inauguró el martes la Biblioteca Digital Mundial, que da a elegir entre cientos de documentos en siete idiomas.

Con lo del 23 es fácil que se recuerde que entonces hay ferias de libro y conferencias. Acá tenemos la XI Semana Nacional de la Lectura, lo que ha hecho que se multipliquen las actividades de estos días, sin dejar de lado otras iniciativas de lecturas colectivas o presentación de monólogos u obras encaminadas a conseguir que más gente lea.

Y además, resultó que la Orquesta Sinfónica Nacional decidió inaugurar su Temporada Sinfónica de este año el 22 y 23 de abril con el estreno en nuestro continente de una obra de un holandés (Hans Haug) más la presentación de Carmina Burana, de Orff, junto a cuatro coros y el ballet de Alicia Alonso.

Por eso, casi siento que me quedo sin aire si pienso todo esto rápido. Es que la gente sigue diciendo que en este país no hay cultura, o que nunca hay nada que hacer. Sí, la gente «lo seguimos diciendo». Y resulta que hay cultura para todos los gustos, porque hay mucho por hacer y por ver, y por proponer y por aplaudir. Entonces, resulta que no puedo menos que alegrarme, porque significa que realmente son días buenos, es una semana que se multiplicará en temporadas de teatro, pintura, música y poesía, y en un montón de pequeñas cosas que hacemos cada día.

Sí, son maravillosos tiempos llenos de júbilo. ¡»Tempus est iocundum»!

Moa Martinsson

La mitad del cielo sobre sus espaldas

■ Víctor Rojas | Escritor y traductor colombiano radicado en Suecia

Un recio aguacero de mediodía había convertido el camino de herradura en un insufrible fangal. Las patas del viejo caballo en el cual yo iba montado, se hundían en el barro haciendo un ruido resbaladizo que desentonaba con el del riachuelo en las cercanías. Me acercaba a la parcela donde vivía el abuelo. Sería la primera vez que lo vería, en medio del agreste campo y su entorno ruidoso. Mis padres habían decidido que yo pasara las vacaciones de la escuela donde el abuelo, ayudándole a recoger granos de café y machetear leña para echarle al fogón. El abuelo se había quedado íngrimo en ese apartado lugar, esperando que la hoz de la violencia le segara la vida. Se negaba a morir lejos del terruño donde había nacido. La abuela, al contrario, había huido a Bogotá con sus once hijos y la férrea esperanza de que Dios la socorrería en el camino. No quería ver a su prole sacrificada por la barbarie política que por esa época azotaba el campo colombiano. Años después de esas vacaciones, al leer las narraciones de los campesinos descamisados de Juan Rulfo, volví a sentir el abandono en que vivió el abuelo sus últimos días. Su rancho después de la partida de la abuela empezó a caer por pedazos. Y él, al igual que Pedro Páramo, «se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras.» Al recordar al abuelo se me ocurre que la única razón de su existencia fue enseñar que no hay nada más silencioso que el sufrimiento de un hombre del campo. Con el paso del tiempo, en mis días de voluntario de las brigadas de alfabetización por la geografía del norte de Colombia, consideré que la vida paupérrima del abuelo la hubieran deseado muchos de esos campesinos sin tierra a quienes yo trataba de enseñarles a leer y a escribir. Si bien era cierto que mi abuelo había muerto de hambre, al menos lo había hecho entre sus propias matas de café y no en la extensa finca del terrateniente, con los dedos astillados de recoger algodón, tal como le sucedió al labriego analfabeto que me brindó hospedaje en su cochitrit. ¿Y dónde en el mundo podía darse tanto sufrimiento como el de los labriegos sin tierra de Colombia? La respuesta la encontré leyendo la biografía y obra literaria de la escritora sueca Moa Martinsson. Y aquí en realidad empieza lo que debe ser lo sustancial de esta nota.

La noche del día de los muertos de 1890, en el condado de Vårdnäs en Lindköping, el frío castigaba a los jornaleros agrícolas y las ventiscas mordían los cuatro costados de sus casuchas. Tendida en el piso la joven sirvienta Kristina Schwartz pujaba con los dientes apretados. Estaba dando a luz. Su madre hacía las veces de comadrona. Su padre mientras tanto atizaba el fogón y hervía agua. Entre chamizo y chamizo que metía al fuego, rogaba para que a su hija no se la llevaran los dolores del parto. Cuan-



La escritora sueca Moa Martinsson

do el viento más arremetía y amenazaba con destechar la casucha, irrumpió el llanto de la recién nacida. No es frase trajinada al escribir que sangre, sudor y lágrimas le marcaron el punto de partida por la vida. El destino la reclamó para engrosar las filas de siervos sin tierra que en silencio se consumían en las fincas de los patrones. El chisme popular la inscribió en la deshonrosa lista de los que nacían de mujeres solteras. Y su extenuada madre, antes de entregarse al sueño, dijo que la bautizaría con el nombre de Helga María.

Cuando la niña empezaba a caminar, su progenitora resuelta a brindarle un futuro sin tantas penurias, se marchó a trabajar en una fábrica en Norrköping y la dejó al cuidado de los abuelos. Cuatro años después Kristina se enamoró de un hombre de varios oficios llamado Alfred Karlsson, con quien contrajo matrimonio. La pareja decidió que Helga María se iría a vivir con ellos. Así fue como la niña empezó una nueva vida que lamentablemente estaba lejos, muy lejos, de ser la que la madre soñaba con brindarle. Su padrastro, a pesar de ser un pregonero sindical, tenía la irresponsable costumbre de emborracharse con el poco sueldo que tanto él como su esposa recibían. Por culpa de este vicio la familia tenía que vivir merodeando por las fincas de los alrededores, ofreciendo jornalear desde la madrugada hasta el anochecer por un plato de comida. Eso no le permitía a la niña Helga María Schwartz culminar el año escolar que empezaba. Durante una década intentó hacer la escuela primaria pero nunca pasó del primer año. Sin embargo, ese ir y venir por los feudos de Norrköping, en esa vida nómada de privaciones e incertidumbres,

nutrió su vena de escritora. Le fue de gran ayuda la insistencia que sólo los autodidactas suelen tener en abundancia. A los doce años de edad, apenas si sabiendo leer y escribir, se dio a la descripción literaria de las mujeres de los peones. Nada tenía que pedirle a la imaginación, le bastaba con recordar la fortaleza de las mujeres que había encontrado en su deambular por los potreros. Su escritura estaba destinada a desarrollarse sobre crudas realidades. Es por esa época en que también descubre en la lectura de libros las adversidades por las que atraviesan muchos seres humanos en su paso por la tierra. Los quince años la sorprendieron rajando leña en una hacienda. Al año siguiente viajó a Estocolmo a trabajar en un comedor. Eso le sirvió para comprobar que la explotación de la mano de obra, tanto en el campo como en la ciudad, no sabe de descansos ni de justos honorarios. Al cabo de unos meses de estar lavando montones de trastos y preparando platos fríos, regresó a casa de sus padres. Allí la estaba acechando el amor, representado en un minero de nombre Karl Johansson. Y la historia de su madre se repite con ella. Diecinueve años, soltera y en el vientre una nueva vida germinado. Al año de haber nacido su primer hijo, contrae matrimonio con el minero. Entonces llegaron esos días en que su existencia transcurrió entre el fogón, la piedra de lavar y una imparable natalidad que le dejó cinco hijos varones en cuatro años. En vista de que su marido, igual que su padrastro, se emborrachaba con las pocas monedas que le daban por trabajar en las minas, Helga María Johansson tuvo que ingeniárselas para no dejar morir a sus hijos de hambre. Sembró hortalizas en una huerta ajena, aprendió a pescar abriendo huecos en el hielo que cubre los lagos en el invierno y se hizo experta en ponerle trampas a las liebres en el bosque. Mientras tanto, los muertos de la primera guerra mundial pasaban a ser sólo una cifra en los cuadernos de los historiadores y Suecia era un escenario de ardientes movilizaciones de leñadores liderados por libre-pensadores cansados del sufrimiento. La cabaña donde vivía Helga María con su familia se convirtió en un permanente entrar y salir de jóvenes anarquistas que ensayaban discursos incendiarios y escribían panfletos mal redactados. Ella era una de las más decididas de esos jóvenes. El tiempo no sólo debía alcanzarle para atender al despilfarrador marido y al quinteto de hijos sino también para escribir artículos de debate en los periódicos de avanzada. Desde su perspectiva de madre doblemente explotada, enfrentó con su pluma las pretensiones esclavistas de los pudientes y los prejuicios medievales enclavados en la sociedad. Sus actividades políticas la pusieron en contacto con el recién fundado y radical movimiento feminista. Además la llevaron

a ser concejal del pueblo de Sorunda. Pero un día de abril, la muerte se apostó en el hielo que empezaba a derretirse en el lago al pie de su cabaña. Curiosamente, mientras leía la novela *Jökeln* (El glaciar), del danés Johannes Jønsen, sus dos hijos más pequeños Manfred y Knut morían ahogados. Dos años después de esta tragedia, en 1927, Helga María Johansson dejó de existir como autora de artículos de debates para darle paso a Moa, columnista del periódico Tidevarvet, órgano de expresión de las feministas. El nombre Moa lo rescataba de la novela de Jønsen. Le había gustado porque era un nombre simpático que significa madre de la humanidad. Recién acuñaba ese nombre cuando la muerte volvió a visitarla. Un día de enero de 1928, su esposo se quitó la vida de manera horrenda, con un taco de dinamita. Esta nueva malaventura no sólo causó dolor y orfandad en su hogar sino que también le permitió darse cuenta de que era una columnista muy querida por sus lectores y amigos quienes se solidarizaron con ella haciendo una colecta. Así es como los pobres de las sociedades atrasadas resuelven los líos agobiantes e inesperados. La suma de dinero que resultó de la colecta, le permitió entregarse a escribir su primera novela, *Mujeres y manzano*, sin tener que pensar en cómo alimentar su prole. Eso sí, no sin antes haber sido enviada por la directora del periódico feminista a tomar un curso de mecanografía. Un par de años después de este suceso Moa hace un viaje a la ciudad de Gotemburgo. Allí su destino se cruza con el de Harry Martinsson, un poeta fogonero de barcos que por esos días se debatía entre la desnutrición y la fiebre. Ella lo llevó a su casa y le dio comida y remedios contra la calentura y, además, le lavó los harapos que vestía. El 3 de octubre de 1929 la pareja se casa. Durante doce años compartieron sus existencias y sus afanes literarios. Si bien es cierto que durante ese tiempo los dos fueron fraguados por igual en los fuegos de la escritura, no es menos cierto que fueron años de un matrimonio contrariado y lleno de adversidades. A la larga él prefirió ocuparse de sí mismo. Se entregó a escribir los versos que más tarde, en 1974, lo llevarían a ser el último escritor sueco que ha recibido el Premio Nóbel de literatura. Ella por su parte se convirtió en una pasionaria de escritura comprometida con la causa de los pobres tanto de Suecia como de otras latitudes. Con excepción de su segunda novela, *Los hijos de Sally*, donde ambienta la dura vida de los campesinos statare, procuró describir en el grueso de su obra la dura lucha de la naciente clase obrera por mejorar la existencia humana. La escritora misma anduvo por los todos los recovecos posibles de la explotación. Fue jornalera agrícola como sus abuelos, sirvienta como su madre y hacelotodo como su padrastro. Ejerció también de *statare* coyuntural, de leñadora, de lavaplatos y cocinera. Todas esas experiencias las recogió en la trilogía *Madre se casa*, *Matrimonio eclesiástico* y *Rosas del rey*, que fueron las novelas preferidas de sus lectores.

Moa Martinsson no es la escritora de las metáforas brillantes ni de las frases célebres



Escultura a Moa Martinsson

o los irritantes sentimentalismos. No, su lenguaje escrito es descamisado, directo y espontáneo como la vida misma de sus personajes, sobre todo la de esas mujeres de obreros de fábricas y jornaleros agrícolas que como ella, cargaban en sus espaldas la mitad del cielo y sabían que era su deber

luchar por conquistarlo. O como dicen los reseñadores suecos que no tienen influencia china: mujeres que desde una posición desventajosa en la sociedad, luchaban por una mejor existencia. Moa Martinsson también había aprendido que en una buena novela el humor tiene que ser la válvula de escape de las grandes tragedias. Sea cual fuere el estilo literario de esta mujer que en los inviernos daba la impresión de ser un gorrión emparamado, y en la primavera una Edith Piaf de los bosques, lo cierto es que se forjó escritora a pesar de los presagios en contra. Escribió un libro por año desde su debut en 1933 hasta unos meses antes de su muerte en 1960. Ya se insinuó, pero para cerrar esta nota se repite: sus libros se acercan como la punta de una aguja a la ampolla de las injusticias y los abandonos que hay sobre la faz de la tierra.

LESBIADA

| Silvia Matus |

A. P. J. (19987-1989)

1
En la ciudad impresionante
de pirámides y catedrales
superpuestas
ofendiendo la memoria
tequila, baile, regodeo de la
[inconsciencia
Dionisio y Baco semidesnudos
[danzan.
Y en mi
un fuego arde debajo de la piel
sin aspavientos
sólo ardía esperando el momento de
[la revelación...
Llaves extraviadas
la madrugada cómplice
un sofá exiliado
y dos cuerpos de mujer amándose
territorio prohibido
por iglesias y hombres
carceleros del placer y el albedrío.

2
Nos amamos entre máscaras y
[desconciertos
sólo los cuerpos sinceraban su
[lenguaje
atreviéndose a romper atávicos
[mandatos
del amor para reproducir la especie
no para el goce y el deleite puro
de dos diosas fogosas fundiéndose en
[un halo.

3
Ibas y venías cargada de libros y
[presentes
maletas sin hacer en la casa y la tierra
[de nadie
yo era una sombra atada
haciendo trampas a las conveniencias
y a veces te engañé con otros cuerpos
sin perder la certeza de tu mano sobre

[mi hombro
y una nena haciendo sus primeros
[pininos
lo demás era, pena y encierro en una
[Nicaragua atormentada.

4
No sabía que hacer con ese amor
más que sentirlo a pesar de todos
legitimado por mi piel y mis sentidos
los abrazos, los besos y orgasmos
allí donde se estrellaban mandatos y
[estatutos
de decrepitos poderes.

5
Eramos mujeres haciéndose el amor
contra todos los conjuros
vaginas húmedas gozosas
clitoris reivindicados por los siglos
de negación y envidia del pene,
conocimos otras rutas
que apenas se nombraban
a través de Safo o Gertrude Stein
esas eran nuestras anchas alamedas
el paraíso perdido y encontrado
en un seno frente al otro
¡Y qué dulce era el amor!

6
Desencuentros, encantamiento roto
Ya no fuimos las mismas
perdidas en el laberinto de la vida
sin Adriadna
extrañas que no hicieron nada
ante el derrumbe del amor.
Mas todo pasa,
después de la herida la cicatriz asoma,
Pero amor,
la primera mujer jamás se olvida.

1º. de Abril de 2009

Desmesuras
Francisco Domínguez

La lección

Desde hace un par de semanas ha circulado por la Red un video que, desde que fue 'colgado', ha alcanzado la escalofriante cifra de cien millones de reproducciones. El mismo cuenta la tragicómica historia de Susan Boyle, una mujer británica de 47 años, de un popular barrio escocés, soltera y desempleada, que se inscribió en uno de estos circos mediáticos que son los concursos de talentos llamado *Britain's Got Talent* (*Los británicos tienen talento*). El video tiene, como cualquier típico texto narrativo, tres partes: una introducción, un desarrollo y un desenlace.

Todo comienza entre bambalinas, donde la concursante se prepara, acompañada de dos animadores del programa, para el momento en que tendrá que cantar, en un plató televisivo a rebalsar, y ser juzgada con un sí o un no por tres jueces que determinarán si pasa a la siguiente ronda eliminatoria. Como la mujer en cuestión procede de un barrio obrero, no es físicamente agraciada y tiene pinta de matrona (es alta y robusta, el estereotipo de la mesera de una cafetería de mala muerte en donde al sentarse le sirven a uno café sin siquiera haberlo pedido y le ofrecen el menú del día), cuando sale al escenario el público la recibe con aplausos y abucheos, preguntándose ¿qué hace una mujer 'así' en este lugar?

Luego de una breve entrevista por parte de uno de los jueces, en la cual ella confiesa que quisiera ser como Elaine Paige (la primera dama de los musicales del West End londinense), y tras ganarse por su atrevimiento la burla no solo del público, sino también del mismo jurado, se da el milagro: ella canta y, tras la estupefacción general, el plató estalla en aplausos y gritos; después llegará el llanto en muchos rostros. Su potente y sonora voz borra de un plumazo los prejuicios y las dudas.

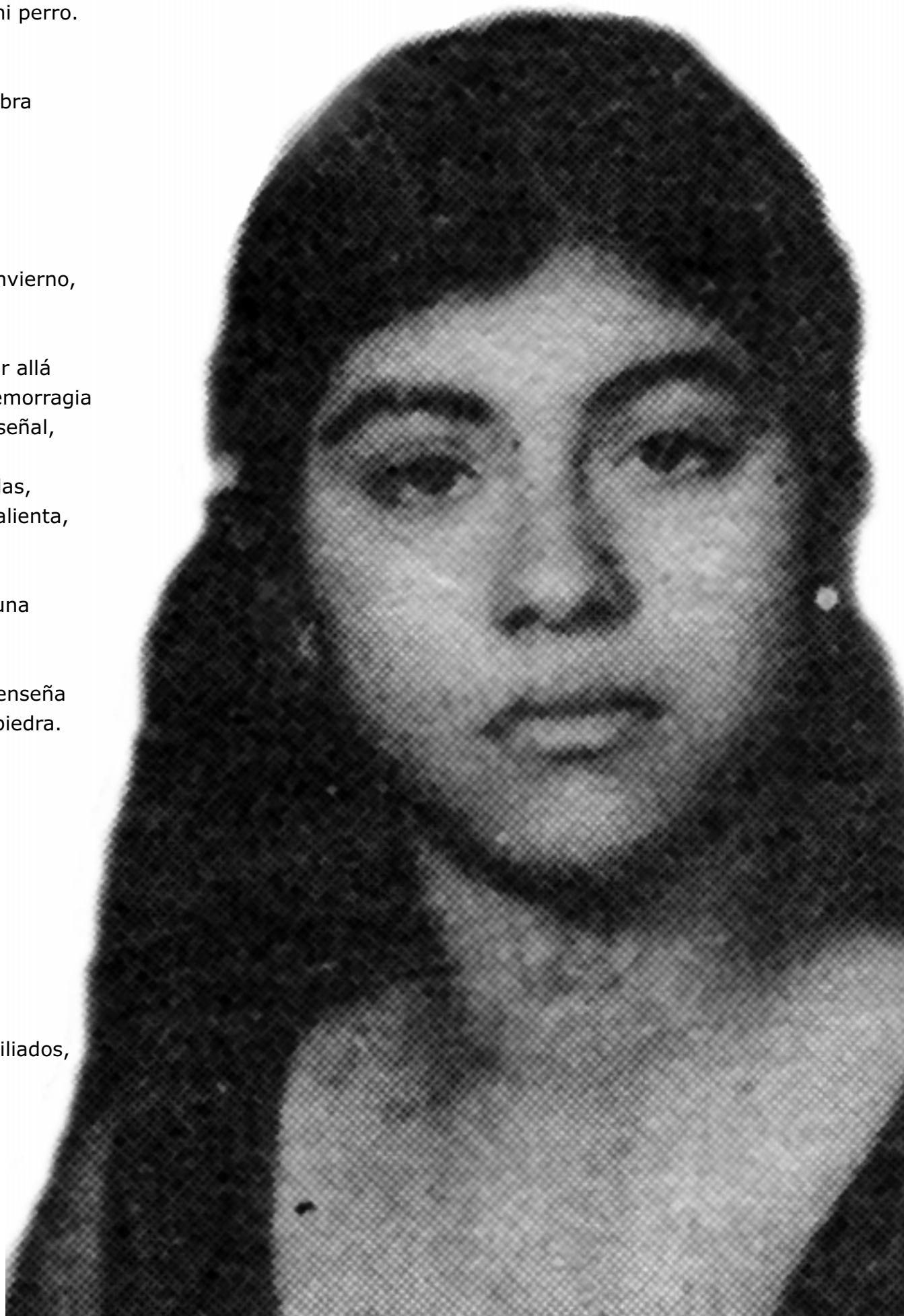
El circo concluye. Todos la felicitan. Susan Boyle pasará a la siguiente ronda eliminatoria del concurso. El programa ha alcanzado las cotas máximas de audición. Youtube.com, el difusor del video, ha colapsado en apenas un par de horas. La tecnología se ha vuelto a coronar como la reina del planeta global. No obstante, lo que se ha probado sin ser hipótesis es nuestra humana esencia ya señalada por los filósofos griegos: a pesar de las preconcepciones, los seres humanos deponemos nuestras armas y todavía nos rendimos ante la autoridad de la belleza.

Señal

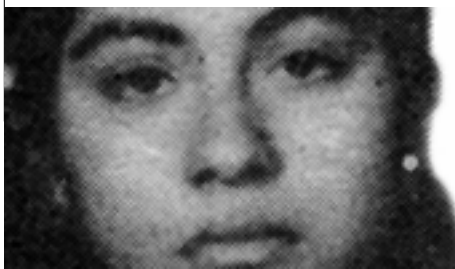
a la memoria de mi amiga **Svetlana Ivanova**,
asesinada a los quince años
por los Escuadrones de la Muerte.

Si me dieras tan solo una señal:
un camino trazado con mi nombre,
el vapor de tu boca en el espejo
o una carta en los ojos tan tristes de mi perro.
Pudiera ser la huella de tu cuerpo
esperando por mí y por tu regreso.
Pudiera ser la huella del eco de tu sombra
o tu paraguas de pasear sin lluvia,
o tu perfume de tocar sin dedos.
Si tan solo una señal me dieras,
qué se yo: un jardín
donde crezca la historia:
por aquí unos carruajes perlados con invierno,
los dedos cenicientos
de infantes masacrados, la peineta
de una abuela que no murió jamás; por allá
una fiera educada por tormentas, la hemorragia
profundamente negra del volcán; una señal,
algo como una luz bañando la miseria,
como desalojar tembloroso unas prendas,
algo como la llama que en el barro se alienta,
o la estación brillante de un pequeño
y su enorme sandía succulenta,
o el éxtasis del cielo al contemplar la luna
que te crece feroz desde tu almendra.
Una señal que indique la manera
de llegar al pupitre donde el viento te enseña
los secretos del muro, del aliento y la piedra.
Una señal que al mismo tiempo sea
una orden para iniciar la primavera,
el santo y seña para atizar las breas,
un caracol sonando,
un tambor retumbando,
un vientre prodigando,
una convocación de lo creado,
una aseveración de lo vivido,
una reiteración de lo soñado,
el apretón de manos
con que dios y el diablo queden reconciliados,
un esbozo cualquiera, un leve signo,
una mueca quizá, un telegrama,
un susurro...
la prodigiosa y concluyente seña
de que tu amor
es de carne y de beso y de que existe.

Otoniel Guevara



La penúltima palabra



Murió un mago, una poeta y mi amiga del alma. El mago, Barú, anduvo por las calles de la U en busca de todas las consonantes con que su pueblo pudiera pronunciar la palabra libertad, que es la magia más espléndida que le podemos ganar a la vida. Libre es el que no teme, el que sabe también hacerse invisible frente a la mezquindad, el que se convierte en agua cuando todos tienen sed, el que se convierte en sed cuando todos pretenden estar satisfechos. Tarde nos enteramos que la muerte se llevó el bastón y el turbante de este hombre que lograba turbar con su mirada, que llevaba un misterio en la punta de su barba. Y recuerdo al mago Ulises Masís, poeta que también murió en el abandono de una sociedad que se abandonó hace mucho rato y poco a poco va viendo erosionarse parte de su territorio, que ya no va apara a manos de Honduras, sino en los tristes garfios de la ingratitud.

Allá en Uruguay concluyó sus cuartillas la poeta que se llamaba Idea, Idea Vilariño, la que solo concedía entrevistas a la soledad, la que únicamente asomaba su rostro a la ventana donde el amor pasó sin quedarse jamás. Y bueno, al fin la muerte la logró precisar y la dejó cayendo, cayendo, cayendo, como un jazmín, en una pequeña fuente donde beben su luz los pájaros.

Y hace aproximadamente 28 años asesinaban a mi amiga Svetlana, Svetlana Ivanova, experta en el arte del amor al pueblo, que ahora por fin tiene en sus manos la oportunidad de ser pueblo o seguir siendo rebaño. Mi amiga que coronaba mis mediodías con su cabellera inconmensurable, capaz de cubrir toda la tristeza del mundo, menos la de su partida, menos la de la sinrazón de esta historia que nos hizo pedazos, que nos laceró para siempre el corazón. Mi amiga Svetlana Ivanova, que en lugar de labios tenía un surtidor de donde brotaban flores de justicia, abejas amorosas que incendiaban las calles de la muerte, que no la dejó cumplir 15 años, que no le permitió dar otro paso más, solo porque la opacaba y no estaban los tiempos para humillar con tanta maestría a la matrona muerte. Ella, Svetlana, cumplió este Primero de Mayo la misma edad que yo, pero no la misma ausencia. Yo cumplo en ella 28 años de soledad, 28 años de incredulidad, 28 años reteniendo una lágrima que endureció mi sangre y que licuó mis huesos. Y en esta fecha ardiente en que se ha celebrado ya el festival del músculo y la idea, quiero que recordemos a todos nuestros muertos, porque si cabe motivo alguno para la felicidad, a la manera de Silvio Rodríguez, debemos pedir perdón, todos los días, a los inolvidables muertos de esta felicidad.

OG

El Negro Farabundo cumple 116 años de nacimiento

Agustín Farabundo Martí nació en Teotepeque, La Libertad, el 5 de mayo de 1893 y creció en las remotas montañas de la costa balsamera de ese lugar. Hijo de Pedro Martí y Socorro Rodríguez. Sexto hijo de un total de 14. 1,280 hectáreas de tierras pertenecían a Pedro Martí. Farabundo crece en medio de colonos y jornaleros.

A sus 20 años, como estudiante ya se identificaba con la clase trabajadora. Farabundo se bachillera en 1913 de un colegio salesiano, obteniendo el diploma de bachiller en ciencias y letras. Martí ingresa a la Universidad Nacional en la carrera de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

Comenzó a jugar un rol activo en la lucha contra el régimen de Meléndez-Quiñonez a temprana edad. Por organizar un acto en apoyo a la Asociación de Estudiantes Unionistas, grupo guatemalteco que exigía el fin de la dictadura de Estrada Cabrera en ese país vecino es encarcelado en Zacatecoluca. En 1920 la Asociación de Estudiantes Universitarios pide la libertad de Farabundo Martí, Ese mismo año Farabundo es deportado a Guatemala, al exilio por cinco años en donde continúa sus estudios en la Universidad de San Carlos.

Durante meses desaparecía de las aulas, donde finalmente se le encontraba trabajando en una fábrica de cervezas, como peón en los ingenios de azúcar o como albañil... de esta manera logró experimentar en carne propia la explotación que sufría el pueblo... Martí aprende en este periodo gran parte de la lengua vernácula de las comunidades Quiché viviendo entre ellos...sigue su formación y se identifica con los oprimidos y se une a la lucha de los Indios del Quiché.

Martí es denunciado por los patronos alemanes de las fincas de café (Guatemala). Por su actividad revolucionaria en Guatemala debe partir para México. En México se unió a los trabajadores mexicanos para luchar contra la opresión capitalista. Luego regresa a Guatemala.

En 1925, un grupo de estudiantes fundan en Guatemala el Partido Comunista Centroamericano, Martí ocupa el cargo de secretario del exterior. Este partido fue disuelto en 1927... Martí deportado a El Salvador, y de El Salvador a Nicaragua por órdenes del Presidente Alfonso Quiñonez... A los pocos días regresa clandestinamente a El Salvador a seguir organizando a los trabajadores... Ya desde 1925 hasta 1928 Martí trabaja febrilmente junto a la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador...Farabundo conocido bajo el pseudónimo de «El Negro» se gana nombre en los círculos de intelectuales...

En 1928, Martí viaja a New York para tomar contacto con la dirección central de la Liga Antiimperialista de las Américas que le encarga situarse en Nicaragua como su representante ante Sandino... En El Salvador lo nombran responsable de una Brigada que luchará junto a Sandino.

Después de luchar en Nicaragua junto a Sandino, viajó a México donde se convirtió en el Líder Latinoamericano del Socorro Rojo Internacional.

En 1930 regresa a El Salvador y funda junto a otros compañeros el PCS, partido que rápido se pone a la cabeza de los trabajadores y del pueblo que ha sufrido regímenes sucesivos de opresión. Fue deportado nuevamente a fines del 1930 y fue montado prisionero en la embarcación Venezuela con rumbo a Florida, pero con la solidaridad de los trabajadores de aquel lugar, Farabundo se negó a desembarcar y fue traído nuevamente a El Salvador pero lo subieron en otro barco rumbo a Nicaragua.

Ningún de los gobiernos reaccionarios del área lo admitía en su país. En el Puerto de Corinto de

Nicaragua se escapó de un bote y regreso de inmediato a El Salvador el 1 de febrero de 1931.

A esa altura la lucha se había incrementado en El Salvador con huelgas, protestas en todo el país contra la opresión y persecución política, el desempleo, el hambre y la pobreza. La persecución, el arresto y la deportación era algo común.

Farabundo y otros líderes del PCS fueron arrestados en la insurrección general del 22 de enero de 1932. El 1 de febrero fue ejecutado por un escuadrón del ejército asesino y represivo.

Pero Farabundo no murió ese día, hoy vive y será siempre la inspiración y guía de los revolucionarios que buscan la transformación total de El Salvador.

Martí fue un auténtico internacionalista que, de cara al sol, arremetió contra la reacción salvadoreña y centroamericana y contra el imperialismo yanqui opresor de muchos pueblos. Martí pertenece a la generación de revolucionarios internacionalistas y a la constelación de las grandes figuras empuñadas en transformar la sociedad latinoamericana.

Martí, mostró su centroamericanismo, cuando en 1920-21, los pueblos del Istmo se movilizaban fervorosos en pos de realizar la unidad política de los países del área. «El Negro», fue enemigo furibundo del régimen tiránico de los Meléndez-Quiñonez, régimen que lo encarceló y expulsó a Guatemala.

Con vocación revolucionaria, Martí dejó de estudiar derecho para dedicarse en Guatemala a la lucha reivindicadora. Con el fusil en manos, participó en el derrocamiento del dictador de los 22 años, Lic. Manuel Estrada Cabrera.

Fue fundador del Partido Comunista de Centro América. El anticomunista guatemalteco Jorge Schlessinger, en su libro «Sucesos del 1932 en El Salvador», escribe, que mientras otros hablaban de marxismo en los cafetines, Martí, enseñaba marxismo a los trabajadores. Incursionaba en México para conocer de cerca la revolución



Farabundo Martí, en el claustro donde estuvo preso momentos antes de ser fusilado.

agrarista de 1910.

Inquieto en lo que ocurría en Nicaragua. en 1928 se trasladó a El Salvador, donde en asamblea de trabajadores se le eligió responsable de una brigada de cinco obreros combatientes para ir a pelear a Nicaragua contra el yanqui invasor, bajo las órdenes del General Augusto César Sandino. Farabundo Martí, mostró en los hechos su arrojo antiimperialista tanto con el fusil como con la pluma. Martí obtuvo el grado de Coronel, fue miembro del Estado Mayor Internacional de Sandino, y Secretario Privado del héroe nicaragüense.

En ocasión que bandoleros yanquis bombardeaban persistentemente las posiciones sandinistas, Martí, en actitud de coraje y de intolerancia, dejó la máquina de escribir para empuñar el fusil, diciendo indignado: «CUANDO LA HISTORIA NO SE PUEDE ESCRIBIR CON LA PLUMA, SE ESCRIBE CON EL RIFLE». Acto seguido se parapetó en la enramada de un árbol de la selva para abrir fuego contra los aviones de la piratería yanqui.

En 1930 (junio) regreso a su patria de origen, conocido en el mundo como un connotado antiimperialista. Regreso como Representante del Socorro Rojo Internacional (SRI), ante la Sección Salvadoreña del SRI, dirigida por el compañero Ismael Hernández. En defensa de los trabajadores, Martí actuó valiente y decidido cuando la lucha de clase era difícil y explosiva. Martí fue encarcelado varias veces, varias veces se puso en huelga de hambre y varias veces fue expulsado del país, pero siempre estuvo presente en la lucha. Su nombradía fue más en América y en el mundo. Su ejecución, el primero de febrero de 1932, causó un profundo dolor en el pueblo salvadoreño y centroamericano

DE TEMAS DIVERSOS ESTÁ HECHO EL DÍA (Mientras leo el Tres Mil) | Martha Arias |

Te enviaré un mensaje, ¡ah!
No tengo saldo
Mijo dormido y ya son las nueve
En el cuarto contiguo el videojuego
Homenaje a obreros...
leo el suplemento,
Tú... siempre pendiente
de mi formación
El aroma a limpio en el primer piso
Tres billetes bastan para el desayuno
Quedaron tamales del día de ayer
El poema del pan...
cuánto pueblo siento
La historia real se esconde, se ignora.
Un mensaje nuevo en el foro abierto
Dos viajeros locos desde la Argentina
Aventura abierta en pro de los pibes
El derecho a leer junto a sus maletas
Fantasía e infancia distraen mi alerta
Ahora es domingo volveré a leer
¡Había olvidado este gran regalo!

Murió **Idea Vilariño**, decana de las letras uruguayas

El adiós a la poeta triste

■ **Silvina Frieria** | <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-13692-2009-04-29.html>

A los 89 años murió el martes 28 de abril una de las mayores escritoras de la lengua española del siglo XX, autora de los célebres Poemas de amor y Nocturnos. «Necesito decir algo; eso es compulsivo», afirmó la mujer que llegó a rechazar la beca Guggenheim.

Los uruguayos desayunaron ayer con los ojos empañados por la tristeza. Los argentinos también. Cuando la noticia de la muerte de la poeta uruguaya Idea Vilariño empezó a circular fue duro pensar que ese rostro de una belleza tan impactante como triste —porque Idea siempre miraba el mundo como si tuviera un malestar crónico, con su nihilismo y escepticismo adheridos a sus ojos— ya no estuviera entre nosotros. Era asmática, pero no se le puede achacar a esa enfermedad la culpa de tanta tristeza. Cómo no recordar uno de los versos que escribió, acaso intuyendo que sería una suerte de epitafio: «Nunca tan lejos de la vida. Nunca / Nunca tan grande como hoy la muerte, / sobre todo, ante todo, al fin de todo, / y yo, sintiéndome ir trágicamente». Su poesía, como la poeta, es bella y triste. Fue una mujer que rechazó premios, reconocimientos, entrevistas y becas, entre ellas la Guggenheim, una de las más codiciadas. También rechazaría, claro está, los elogios fúnebres. Parfraseándola, parece «inútil decir más, nombrar alcanza». Pero lo que hay que decir es que a los 89 años murió una de las mayores poetas de la lengua española del siglo XX.

Vilariño nació en Montevideo el 18 de agosto de 1920 en el seno de una familia de artistas. Su padre, Leandro Vilariño, de origen gallego, era anarquista y poeta, y a los cinco hijos de su matrimonio con Josefina Romaní les puso los nombres de Poema, Azul, Alma, Idea y Numen. Además de escuchar música y de adentrarse en la literatura clásica, el padre le leía su propia poesía, la de Almafuerite, Herrera y Reissig y Darío. Idea estudió piano, pero lo que más le gustó fue el violín, al que le dedicó diecisiete años. Empezó a escribir poesía de adolescente como un servicio a sus compañeras de clase. Componía poemas de amor que las quinceañeras entregaban a sus enamorados como si fueran propios. Esta Cyrana de Bergerac rioplatense nunca se dio cuenta de su talento y tampoco creyó en él. Pero pronto tuvo la certeza del sinsentido de la vida, de la muerte que crece junto a nosotros, de un mundo sin Dios, del fracaso del amor y la desolada inutilidad de todo esfuerzo.

Esa muchacha hermosa y frágil —ubicada por el crítico Angel Rama en la primera promoción de la Generación Crítica— se convirtió en una de las figuras más destacadas de la poesía uruguaya con obras como **La suplicante** (1945) y **Paraíso perdido** (1949), dos de sus primeros poemarios, en los que la poeta ha reconocido influencias de Juan Ramón Jiménez. Antes de cumplir los treinta años, ya era ampliamente reconocida en el Río de la Plata, donde se destacó, además, por su labor como crítica literaria y como traductora. Sus traducciones y ensayos sobre Shakespeare han sido reconocidos en el mundo académico

latinoamericano. Trabajó como profesora de Literatura de enseñanza secundaria desde 1952 hasta el golpe de Estado de 1973. Tras la dictadura, en 1985, obtuvo la cátedra de Literatura Uruguaya en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República. Vilariño también fue reconocida como compositora de canciones, entre las que destacan dos títulos míticos de la música popular uruguaya: A una paloma, que fue adaptada por Daniel Viglietti, y La canción y el poema, musicalizada por Alfredo Zitarrosa.

Idea era una hija de Bartleby. Ella prefirió no promocionarse. Pese al interés que despertó en estudiosos de todo el mundo, que tempranamente se interesaron en su poesía, Vilariño fue reticente a comentar sus poemas, a dar entrevistas. «La poesía fue conmigo siempre —dijo en uno de los pocos reportajes que concedió a la escritora Elena Poniatowska—. La viví naturalmente, como algo inevitable, privado, que no me daba ningún realce y la hacía sin deliberación, sin proponérmelo, como lo hice después, como lo he hecho siempre. Creo que nunca supe cómo iba a terminar un poema, hasta ahora es así. Necesito decir algo; eso es compulsivo. Pero no sé cómo lo diré, aunque al escribir tenga un dominio absoluto de lo que hago, pero desde la primera línea el poema, su ritmo, eso que es imperativo decir me lleva hasta el final, hasta el cierre inevitable.»

Tiempo, amor, vida y muerte vertebraron el universo poético de Vilariño. **Nocturnos** (1955), **Poemas de amor** (1957), **Pobre mundo** (1966), **Poesía** (1970) y **No** (1980) son algunos de los principales títulos de su obra poética, que ha sido traducida al inglés, el italiano, el alemán, el portugués y el ruso. En su obra **Idea Vilariño. La vida escrita** (2007), Ana Inés Larre Borges y Virginia Friedman cuentan el apasionado romance que Vilariño mantuvo con el escritor Juan Carlos Onetti, con el que nunca llegó a casarse, pero al que están dedicados sus poemas de amor más dolorosos y desolados. Para Vilariño, la poesía era una forma de ser, de su ser. «Mi poesía soy yo. Por eso no me interesaba publicar; es más, deseé no haber publicado nunca, hay poemas que jamás mostré —reconoció en la misma entrevista realizada en 2004—. Escribir era otro asunto. Nunca escribí pensando que alguien lo leyera. Lo que decía era privadísimo y no buscaba llegar a otro, comunicar. Publicar fue tan contradictorio, tan poco coherente como seguir viviendo cuando sabía, y cómo, cuando pensaba lo que pensaba del hecho de vivir. Esas incoherencias fueron difíciles de sobrellevar. A esta altura ya nada importa.» Idea hizo de la poesía el «acto más privado de su vida, realizado para nadie, para nada». Un acto radical que la llevó a decir en uno de los poemas que integran **No**: «Ya no tengo / no quiero / tener ya más preguntas / ya no tengo / no quiero / tener ya más respuestas. / Tendría que sentarme en un banquito / y esperar que termine.»



Idea Vilariño en su juventud y en su vejez. 1920-2009

DIRECTORIO

Director de Diario Co Latino
Francisco Elías Valencia

Suplemento Cultural **Tres Mil**,
Diario **Co Latino**
23a Avenida Sur # 225,
San Salvador, El Salvador, C. A.

Telefax: (503) 2271 0822
Teléfono: (503) 2222 1009

Coordinador general | Editor | Diseño y diagramación: Otoniel Guevara
Coordinador Aula Abierta: Vladimir Baiza
Investigación y archivo: Roberto Deras
Entrevistas: David Juárez
Información: Mauricio Vallejo Márquez
Graficidad: Camilo Fonseca
ADECA: José Antonio Domínguez
ALBA Escritores: Pablo Benítez

COLABORADORES
En El Salvador: Tomás Andreu | Edgar Alfaro | René Chacón | Néstor Durán | Alvaro Darío Lara |
En el mundo: Carlos Ábrego (Francia) | Luis Manuel Pérez Boitel (Cuba) | Javier Campos (Estados Unidos) | Norman Douglas (Panamá) | Gabriel Jaime Caro (Colombia) | Víctor Rojas (Suecia) | Silvia Favaretto (Italia)

Las opiniones vertidas en los textos son responsabilidad de sus autores. No nos responsabilizamos por la devolución de originales no solicitados, ya sean textos o imágenes en cualquier soporte posible. Toda colaboración deberá enviarse por correo electrónico a:

culturatresmil@yahoo.com.mx

